

LOS CONTRASTES DE LA FE

La interrogante que nos hiere

¿Fe que construye o fe que destruye?

Es ésta una pregunta que puede acudir a la mente de muchas personas; tras presenciar el atentado terrorista que destruyó las Torres Gemelas, que hasta el once de septiembre de este año se ubicaban en Nueva York. Hoy ya no están allí, como resultado de la acción suicida de algunos individuos que no vacilaron en sacrificar a miles de personas, como víctimas de un moderno holocausto, para conseguir algún incierto fin político. Muy pronto se supo que se trataba de fanáticos miembros de una poderosa organización de convicciones islámicas extremas, denominada *Al Qaeda*; dirigida por un sujeto que, de un instante a otro, saltó al pináculo de la notoriedad mundial, llamado *Osama Bin Laden*.

Más allá de la formidable organización que se requiere para realizar un acto de este tipo, y herir el corazón de Estados Unidos, el país más poderoso de nuestros tiempos; es inevitable llegar a la conclusión de que aquellos secuestradores de aviones que se inmolaron, por más detestable que nos parezca, fueron impulsados por su fe. ¿Pero qué religión es esta, que permite a ciertos seres humanos efectuar tales atrocidades en contra de sus semejantes? Algunos con rapidez responderán, de acuerdo a lo que su cultura les ha enseñado: *estos son musulmanes, que adoran a un dios llamado Alá; que viven en las naciones orientales, en contacto con los desiertos; y que oprimen a sus mujeres con grandes privaciones.*

Quizá unos y otros olvidan que Dios ama a todos los seres humanos, sin excepción.

¡Los demás dioses hace tiempo que fallecieron!

El concepto universal

Y ya que de fe se trata, bueno será que comencemos revisando la definición que nos entrega la Biblia:

La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Hebreos Cap. 11 Ver. 1

Contrariamente a lo que más de alguien podría creer, la fe no es un elemento exclusivo de las personas religiosas. Todos los días, y a cada momento, recurrimos a esta *convicción*, acerca de algo que aún no ha ocurrido, pero que seguramente sucederá. Esto abarca cosas tan triviales como son: acostarnos, llenos de planes para el día siguiente; comer, pensando que el alimento que consumimos nos dejará satisfechos; acudir a una cita con alguien, convencidos de que le encontraremos en el lugar y la hora señalados; y muchas otras situaciones como estas.

Sin embargo, si bien todos estos ejemplos tienen la *certeza* como factor común, se distinguen en la segunda parte de la definición que nos ha entregado el apóstol: *lo que se espera*. Las acciones futuras, la satisfacción alimenticia, y la persona buscada, son cosas diferentes entre sí.

Por último, existe un elemento implícito en estas proposiciones: *algo que debe causar o permitir lo que esperamos*. Para realizar nuestros planes; primero debemos despertar, debe amanecer, y tenemos que ser capaces de movernos. Para que nos sintamos satisfechos; los comestibles deben estar en buen estado, en cantidad suficiente, y nuestro sistema digestivo debe funcionar normalmente. Para que la cita se realice; la otra persona debe acudir también a nuestro encuentro, y tenemos que comunicarnos de alguna manera. Cada uno de estos hechos, a su vez, requiere de otros tantos para llegar a realizarse.

¡Un espíritu sin fe es tan inútil como un cuerpo sin cabeza!

El traicionero dogma

Las personas religiosas, como todas las demás, ejercen la fe en su vida cotidiana. El detalle particular de su posición radica en que ellas aceptan la actuación de seres superiores; reconocen asuntos que no son percibidos mediante los sentidos principales del ser humano: vista, oído, olfato, tacto o gusto; están particularmente convencidas acerca de hechos que ocurrieron en el pasado o sucederán en el futuro, sin un fundamento científico; y van en pos de líderes que ejercen una poderosa influencia sobre ellas.

Todo esto es consecuencia de principios conocidos como *dogmas*, los cuales son aceptados como irrefutables por los practicantes de cada doctrina; y de normas morales derivadas de ellos. En muchos casos, tales convicciones han sido escritas y conservadas a través de las generaciones; como es el caso de la *Torah*, entre los judíos; el *Nuevo Testamento*, entre los cristianos; y el *Corán*, entre los musulmanes. Esta característica debiera permitir que los fieles comprobaran si lo que les enseñan sus maestros se apega a los fundamentos de su fe; sin embargo, la ignorancia, la inmadurez, e incluso el analfabetismo de muchos; les convierte en

presas fáciles para los charlatanes que, en el nombre de Dios, son capaces de arrastrar a las multitudes hacia fines absolutamente reñidos con las recomendaciones de su respectivo código de vida religiosa.

Las personas más intransigentes suelen ser las más ignorantes, o las que más conflictos cargan en su espíritu.

Un comportamiento reincidente

No deja de llamar la atención que los miembros de las tres culturas mencionadas adoren al mismo Dios, con la fe heredada desde los tiempos de Abraham; y sin embargo tantas veces en la historia hayan demostrado su intolerancia hacia los otros, llegando a extremos increíbles. Es cierto que los principales *mensajeros* de cada doctrina han sido diferentes: Moisés, para los judíos; Jesús, para los cristianos; y Mahoma, para los musulmanes; pero ninguno de ellos predicó el abuso sobre los débiles, el maltrato a los indefensos, o el exterminio de los extranjeros.

Hoy son musulmanes los que han sembrado la muerte de miles de personas inocentes; pero hace dos milenios fueron los judíos, al instigar la crucifixión de Jesús; o los cristianos, a fines de la Edad Media, a través de las torturas y asesinatos protagonizados por la Inquisición; sólo por nombrar los casos más conocidos. Es legítimo que cada cual piense que sus ideas son mejores que las de otras corrientes, desde el momento que las practica; sin embargo es básico que respete a los otros de la misma forma en que desea ser respetado.

En todo caso, no son las creencias religiosas puras las que causan los conflictos. Antes que ellas, están las disputas territoriales, las rivalidades raciales, los intereses económicos, las necesidades de sobrevivencia; o simplemente las mezquindades y desviaciones que han acompañado desde siempre a los seres humanos. Es precisamente cuando ya se ha llegado al límite de los males, cuando aparece esta invocación impropia de la fe, con el fin de justificar el daño a los semejantes.

¡Cuando la fe se pudre, sólo consigue envenenar las almas!

Ni todos, ni siempre, ni en todas partes

En estos días se han levantado las voces de muchos musulmanes, para aclarar que el Islamismo es una religión de paz, y no de terror. Ellos sienten lo mismo que sentimos los que adherimos a otras creencias; cuando alguno se levanta para causar algún perjuicio, y alguien le señala después como uno de los nuestros.

Es una mezcla de vergüenza y rabia, y más que nada, impotencia, al comprobar cuánto nos cuesta defender nuestro prestigio, después de que ha sido mancillado. Entonces dan ganas de gritar: *aquellos que ofendieron, hirieron o mataron sólo llevan nuestro nombre en mala forma, pero en realidad no pertenecen a nuestras filas, porque en ningún modo practican lo que en verdad nos fundamenta*. Es absolutamente necesario, por lo tanto, que seamos capaces de distinguir entre los grupos o individuos que son capaces de caer en este tipo de extremos; y la mayoría, que a través de los siglos y las distancias, ha actuado de manera consecuente con sus leyes.

También se requiere distinguir lo que es normal de lo anormal, en lo que se refiere a las doctrinas. Muchas veces ocurre que aquellos que son débiles en su fe critican a los más efusivos, tildándoles de fanáticos, por el sólo hecho de que éstos aplican sus normas religiosas a diversos aspectos de su vida. Esto sería lo mismo que criticar al simpatizante de un equipo deportivo, por el empeño que pone en cooperar para que éste obtenga victorias y funcione de manera adecuada. El verdadero fanatismo se expresa cuando un individuo perjudica a otros, o incluso a sí mismo, para lograr sus fines.

Un objetivo equivocado

Seguramente el ánimo de los terroristas suicidas estaba encendido por la convicción de que serían los artífices de una proeza singular: *causar un gran daño, con armas elementales, a aquel país enemigo que posee el mayor poder bélico y tecnológico del mundo*. Se sentirían como David frente a Goliat, y soñarían con la honra de su memoria en este mundo, y la recompensa eterna en el paraíso celestial.

Estaban equivocados. En el conocido episodio bíblico; David, un humilde pastor, armado con su honda y sin más protección que su fe; enfrentó al inmenso Goliat, que estaba armado y acorazado fuertemente. Lo venció, y con su propia espada le cortó la cabeza. Pero David actuó dando la cara, frente a frente. Lo que hicieron aquéllos en cambio, equivale a que David hubiese herido a Goliat mientras dormía, sin quitarle un ápice de su capacidad bélica.

Ahora este gigante, enfurecido, ha vuelto a levantarse; y busca la venganza en medio de la noche.

¡Ay de los que se crucen en su camino!

El fervor de la batalla

Osama Bin Laden es un hombre rico, que ha hecho millonarios negocios en diversas partes del mundo. Amparado por el gobierno Talibán, puede darse ciertos privilegios; aparece por televisión y, consciente de que el gigante se aproxima, intenta detenerlo con amenazas: *ya no podrá dormir tranquilo*. Pero el gigante no vacila, y comienza a preparar su espada de mil filos.

En la frontera entre Afganistán y Pakistán, miles de improvisados soldados pakistaníes se aglomeran, ansiosos de acudir en auxilio de sus correligionarios y vecinos. Consideran a Osama como su líder; están poseídos por un instintivo fervor místico, que les impulsa en contra de su gran enemigo. Mientras tanto, el presidente de Pakistán negocia con los norteamericanos. En caso contrario el gigante hará temblar la tierra con sus pasos, rumbo a su objetivo.

Que impresionante duelo es éste, entre un coloso herido y un enjambre de hormigas venenosas.

¡En torno al campo de batalla, muchas mujeres lloran!

Horrores viejos y nuevos

Basta que alguien declare la guerra, para que de inmediato muchos consideren que en dicho estado excepcional todo es permisible. Y en medio de su agresividad, el ingenio del hombre nunca termina de crear nuevas armas, cada vez más destructivas.

¡Cuántas veces en la historia se habrá dicho, como ahora: *ya nada será como antes!*

No nos engañemos. Hoy han sido aviones secuestrados o las armas biológicas que ingresan en los propios domicilios. Ayer fueron las armas de fuego, los misiles, o la terrible bomba atómica.

¿Por qué nos ocurre tantas veces que tras horrorizarnos con justa causa, volvemos a caer en los mismos errores?

¿Dónde se encuentra hoy el poderío de aquellos viejos imperios: Egipto, Persa, Babilónico, Griego o Romano? Sólo ruinas quedan, que debieran servir para recordarnos que sólo el poder de Dios es eterno.

¿Acaso podremos confiar, como algunos predicaron en el pasado, que la civilización del hombre le conducirá algún día hacia la paz universal?

Antes debemos comprender que la paz, la justicia y la libertad comienzan en nosotros mismos.

Alguna vez los hombres combatieron con las manos limpias; hoy ellas ya no bastan para detener tantos proyectiles.

Más inconsciencia que conciencia

Los terroristas tenían su mente fija en cada una de la Torres, pero no conocían a las personas que estaban dentro de ellas. No escucharían el lamento de los heridos, ni buscarían entre los escombros el cuerpo de un ser querido, ni verían el llanto de los niños que lloran a sus padres. Porque estaba claro que volaban hacia la muerte.

Ahora le toca a los norteamericanos lanzar los horrendos proyectiles. A veces yerran en sus blancos, y hieren a otros inocentes; que no tienen cómo defenderse, ni aclarar que ellos no participan en esta guerra.

En aviones diferentes: los primeros fueron civiles, y éstos últimos son de guerra; pero en ambos casos los causantes creen cumplir con su deber, aunque no tengan la convicción de que los muertos sean sus enemigos. Muchos soldados afganos morirán con su vista clavada en el horizonte, esperando que aparezca alguna silueta humana. Algunos soldados norteamericanos volverán a su patria sin tener la certeza de que su misión personal fue bien cumplida.

Es una fe torcida, incompleta, llena de subterfugios.

¡Si todos oraran juntos, lograrían mejores resultados!

Siembra para la muerte

Pocos lugares quedan en el mundo donde no haya existido alguna víctima de las minas antipersonales. Cuando los soldados las siembran, creen firmemente que con ellas detendrán el avance de sus enemigos; pero está visto que, con el tiempo, el daño puede alcanzar a cualquiera que inocentemente transita por un campo minado. Nadie se hace responsable entonces, porque estos fatídicos artefactos no tienen ojos para distinguir, ni voz para prevenir a los que se acercan. Luego el episodio recibe el engañoso calificativo de *accidente*, como si la tierra produjera frutos tan deleznable.

Los civiles también compran armas de fuego, para defenderse en forma adecuada de los delincuentes. Sin embargo, con frecuencia son niños quienes las manipulan, causando la muerte de aquellos que están más cercanos. Entonces ni las lamentaciones ni el arrepentimiento sirven para revivir a los difuntos; y los padres, que pretendían evitar el mal de aquella forma, son los que llevan sobre sus hombros este dolor, por el resto de sus vidas.

Osama Bin Laden fue preparado y abastecido por los mismos que ahora le persiguen.

Mientras tanto, la tierra sigue aguardando la semilla adecuada: para dar

fruto agradable y alimentar al hambriento; para producir flores hermosas y alegrar a los tristes; para sostener habitaciones y cobijar a los humildes.

Un arma muy particular

Debemos admitir que algo especial hay en el *efecto terrorista*. No representa un arma física; no hiere el cuerpo de la mayoría, sino el espíritu. Pretende hacer creer a las personas que ya no están seguras; que no podrán volver a desempeñar una vida normal; que no vale la pena arriesgarse por seguir luchando, y sufrir después una violenta represalia.

¿Cómo podrá combatir el simple individuo contra este mal, hasta vencerlo? Claramente, con la confianza en que tal dolor no le alcanzará.

Cada cual puede preguntarse: ¿Pero si a otros les ocurre, por qué yo debería sentirme libre?

Entonces tratará de encontrar algo superior que le infunda el ánimo que requiere. Una voz tranquila, una mano poderosa, un refugio inexpugnable. Y he aquí: hemos vuelto al principio, ya que lo único que puede asegurar a cada persona la tranquilidad buscada, valor tanpreciado, es su propia fe.

¡Esta es la única arma que a nadie le debe faltar!

Una epidemia que se expande

Luis Pasteur, Robert Koch, Alexander Fleming y tantos otros geniales investigadores de la microbiología, se habrían horrorizado al ver cómo hay quienes usan gérmenes patógenos para sus fines bélicos.

Las cartas que hasta hace poco infundían alegría, la mayoría de las veces, o al menos curiosidad en quien las abría; hoy provocan temor y angustia, pues el mensaje de la muerte puede llegar dentro de ellas. Es la obra de seres desquiciados, que ya no miden las consecuencias de sus actos, ni distinguen la dignidad de la vileza. Los remitentes hoy son unos; los inventores de esta tinta mortal fueron otros, que en su anónimo accionar se justifican cada día.

A bordo de un avión que parte desde Miami, un ciudadano chileno bromea con una azafata, y le indica que en su equipaje trae una bomba. Poco más tarde, cuatro aviones de guerra F16 rodean la aeronave donde viaja el bromista y lo llevan de regreso a su punto de partida. Encerrado en la cárcel deberá pagar su inmenso delito. Quienes le condenan no son mejores que aquellos que le cortan las manos al que roba, en otras latitudes.

Hay demasiados seres enfermos, atrapados por infecciones de nombres

extraños: sicopatías, depresiones, stress, neurosis, paranoias. Difícil es tratar con ellos. Con frecuencia son capaces de afirmar a quien acude en su ayuda: *el afiebrado no soy yo, sino eres tú.*

¡Para frenar el contagio, primero hay que reconocer los síntomas!

El incierto fin

Los gobernantes norteamericanos pronto admitieron que esta guerra sería larga y diferente. El objetivo planteado en un comienzo fue el castigo de los culpables y de todo aquel que los protegiera. Un mes y medio más tarde admitirían que quizá nunca lograrían capturar a Osama Bin Laden.

Ahora que al fin las fuerzas opositoras al gobierno Talibán han entrado en Kabul, la capital de Afganistán, se dice que el líder terrorista podría huir en helicóptero hacia algún lugar desconocido. Mientras tanto, los miembros de la Alianza del Norte hacen su entrada triunfal en la ciudad, vitoreados por hombres y mujeres cansados de vivir bajo la opresión de un régimen que los ha esclavizado con medidas restrictivas extremas. Los niños escuchan música, los hombres se cortan la barba y las mujeres descubren su rostro.

Pero el país se encuentra sin gobierno, mientras las diversas facciones ideológicas aguardan el momento adecuado para hacer valer sus intereses. En medio del desorden, muchos de los perdedores son ejecutados en público. Ciertas organizaciones advierten: *entre los miembros de la Alianza del Norte hay sujetos que ya antes habían transgredido los derechos humanos.*

¿Qué incierto futuro tendrán esos pequeños, que alegres alzan hoy sus brazos al cielo?